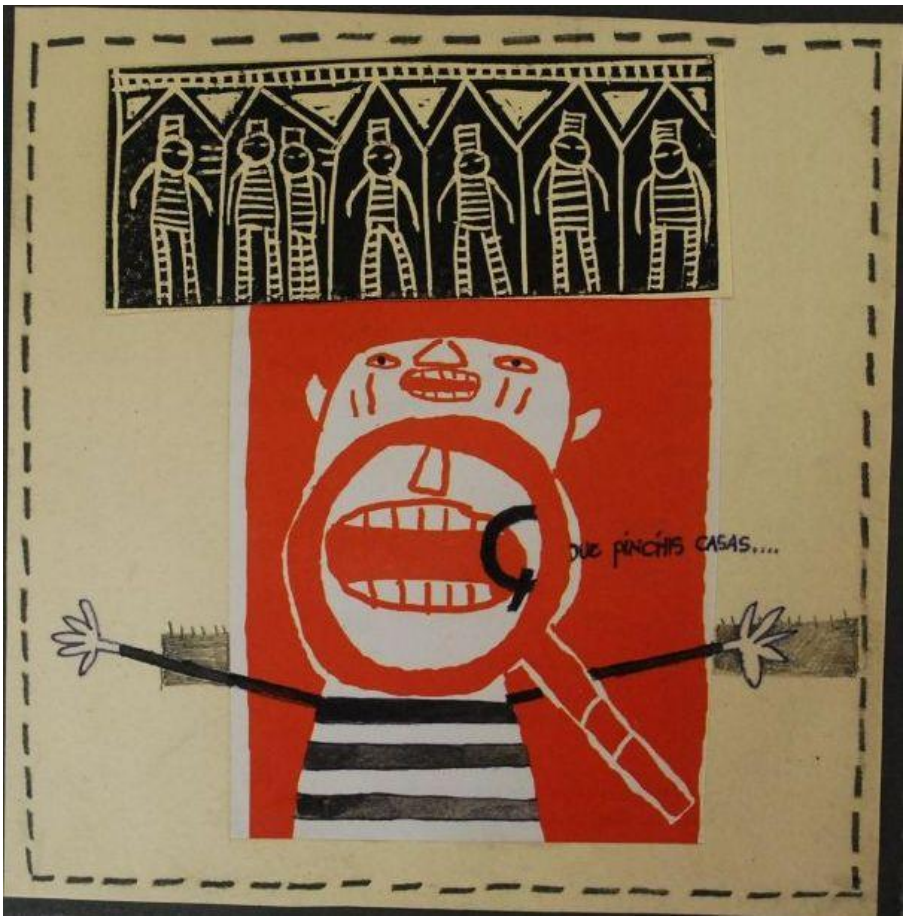
Filosofando sobre la mismidad.



Federico López Castro

Introducción.

Estoy de acuerdo con Comte-Sponville cuando afirma en su definición de filosofía que no se trata de una ciencia sino de una reflexión (2001:230), es decir, un pensar sobre algo que tomamos so pretexto para vernos o pensar sobre nosotros. Por ello considero adecuado llamarle a este texto “filosofando sobre la mismidad”, porque son reflexiones sobre lo que considero un aspecto que invade nuestro entorno y que de alguna manera, conforma nuestra vida.

No se trata sin embargo de reflexiones generales que intenten agotar o abarcar un tema tan complejo, sólo se trata sobre la mismidad en el diseño y particularmente, en los desarrollos habitacionales de las llamadas “viviendas de interés social” o viviendas construidas en serie, como el mostrado en la siguiente fotografía.

¿Qué consecuencias tiene la mismidad manifiesta en este tipo de conjuntos habitacionales en la conformación de la sociedad, de la vida en ella, de nosotros?

Supongo que de alguna manera esta homogeneización del entorno deshumaniza y por lo tanto, me induce a emprender esta reflexión para tratar al menos de comprender sus repercusiones sociales.

Entiendo que habría que definir qué se entiende por deshumanizar o si se prefiere, aclarar que se entiende por humano, para poder determinar si este tipo de entornos

deshumanizan o no y de qué manera lo hace. También creo, que tendría que explicar que entiendo por “mismidad” pues existe el término “identidad”, que se presta a variados sentidos y que al menos para mí, no significan lo mismo.

De cualquier manera, estoy de acuerdo con lo escrito por Colom y Mélich: “La nueva condición de la ideología, y con ello no prejuzgamos ni realizamos juicio de valor alguno, se asienta en los valores individualistas y en lo que podríamos denominar el antihumanismo contemporáneo” (1994: 13).

Considero pues como un buen ejemplo de estas condiciones ideológicas a un contexto habitacional como el de la fotografía, por lo que la comprensión se ajusta a ello como el objeto de esta reflexión, como el pre-texto para elaborar este texto.

Como se mencionó líneas arriba, no tiene más objetivo que una mejor comprensión de este tipo de fenómenos y con ello, estimular inquietudes y acciones encaminadas a la construcción de un mejor entorno social.

La humanidad.

¿Qué es lo que nos hace humanos?

Hannah Arendt explicó en su libro “La condición humana” (1993) que la acción, en el sentido aristotélico[1], es la característica del ser humano, y a la palabra como la acción por excelencia. Derridá afirmó que efectivamente la palabra es la característica humana, pero la palabra escrita, porque deja huella y nos podemos ver reflejada en ella, es decir, reflexionarnos y comunicarnos.

De esa manera el ser humano trasciende el eterno presente animal y se constituye en un ser histórico, en un ser que hereda un pasado sobre el cual, de manera crítica, reflexiva, libre y autónomo, construye su presente e imagina y hereda a su vez un futuro.

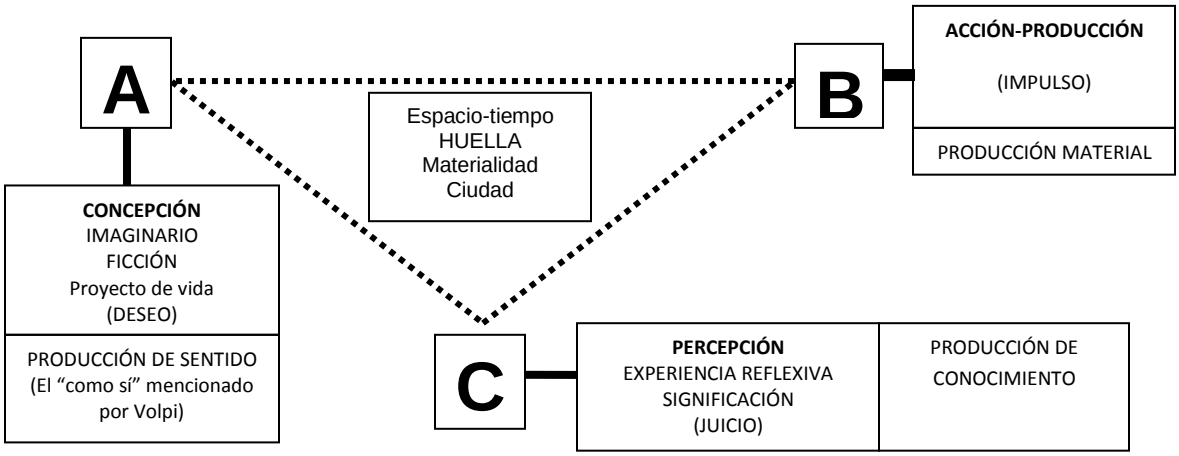
Esta relación del ser humano con su historia (naturaleza temporal) fue planteada por Lefebvre a manera de triada (ver diagrama 1) en su teoría sobre el proceso de producción del espacio, también llamada teoría fenomenológica materialista, en la que el autor define al ser/estar como un proceso de producción del espacio (naturaleza material) como producto de concebir (A), vivir (B) y percibir (C).

Lo que pensamos o conocemos, lo hacemos en función de una realidad vivida y heredada cotidianamente, sin embargo, para este autor el sentido que le damos a la

[1] Aristóteles hace la diferencia entre ser social, limitado a las actividades de sobrevivencia y cuyo lugar es el hogar (oikos), del ser político, cuyas acciones tienen que ver con la vida en común en la ciudad (polis).

experiencia vivida no tiene significado sin la materialidad que conlleva y viceversa. Experiencia de vida y materialidad son una y la misma cosa. En la experiencia de vida de la sociedad, según este autor, el espacio es un momento específico o tiempo sincrónico, mientras que el tiempo diacrónico es su historia.

Diagrama 1: triada lefebvriana[2].



A este punto cabría preguntarse: ¿sería posible hablar de ser social si una sociedad no imagina, actúa o reflexiona?, ¿si no actúa consciente de las condiciones que la materialidad le impone?, ¿será posible la existencia del ser humano sin referentes?, ¿sin huellas?

Mediante el anterior diagrama es posible deducir que una concepción de vida (A) sin el sustento de una experiencia en una materialidad concreta es pura alucinación, por otro lado una experiencia (C) sin concepción de vida ni soporte material, es puro misticismo y una materialidad (B) sin concepción de vida ni experiencia reflexiva es una materialidad sin sentido, un hacer por hacer.

Así es que el ser humano es palabra como acción, huella, referente, significante, comunicación, significado y diálogo además de reflexión. Pero además este ser formado por su huella, es un ser supeditado al espacio y al tiempo, cambiante, circunstancial, mutable. No hay un ser definitivo, acabado, típico, a menos de que hablemos del no ser, el que dejó de ser.

Como lo expresó Ortega y Gasset:

"y como los hombres entre quienes las palabras se cruzan, son vidas humanas y toda vida se halla en todo instante en una determinada circunstancia o situación, es evidente

[2] Diagrama tomado de López Castro, 2013. *El silencio detrás del diseño*. México, sin publicar, p. 18

que la realidad –palabra- es inseparable que quien la dice, de a quién va dicha y de la situación en que esto acontece”[3].

Somos como consecuencia de un contexto heredado socialmente estructurado al cual le otorgamos significado a partir de nuestras circunstancias particulares, somos, como escribió Heidegger: “ontológicamente puestos en el mundo” (en Colodro, 2004:117).

El ser petrificado.

El ser humano fue construyendo su humanidad a la manera o función del menhir, es decir, a base de referentes, de significantes y significados transmutados en ritos, mitos, costumbres, normas, leyes y todo en buena medida petrificado en herramientas, utensilios, enseres y objetos como materialidad instrumental existencial que a manera de prótesis nos hemos ido procurando para completar y normar nuestra incompleta naturaleza.

Esta tecnología de poder disciplinar, como la llamaría Foucault (Lechuga, 2008: 135) nos va diciendo cómo es que hay que vivir la vida, que usar para ser, qué espacio y qué tiempo usar, qué conocimientos y habilidades poseer para ser incluidos, para ser/estar sujetos.

A fin de cuentas, esta materialidad, entre muchas otras cosas, funge como el gran referente de la vida en comunidad, pues si algo tiene la palabra, además de ser ese referente es además común, comunicación, puente entre un ser y el mundo que le rodea.

Parafraseando a Johnson: “los objetos, los utensilios son modos de interpretar el mundo, y aunque ninguno representa por sí sólo toda la humanidad, son un componente innegable de su historia” (2001: 23).

Así es que tomando lo escrito hasta aquí, la identidad sería ese conjunto de referentes sociales que nos caracterizan y diferencian de otras comunidades. La identidad es pues lo común, lo compartido pero en relación a un espacio y tiempo específico de una comunidad.

El problema de la mismidad.

El primer problema al que se enfrenta uno es el significado de la palabra *mismidad* pues se le pudiera confundir con la palabra identidad. Cuando en este trabajo se hace referencia a las características compartidas por todos pero sin referentes espaciales ni culturales (temporales), nos estamos refiriendo a la mismidad.

A manera de ejemplo se podría citar como identidad regiomontana al Cerro de la Silla y como mismidad regiomontana el presumir como distintivo acostumbrar ingerir comida rápida Mc Donald´s, a tomar un café Starbucks o a habitar una vivienda tipo.

[3] En www.ensayistas.org/filosofos/spain/ortega.

En 2007 Naomi Klein, en su libro titulado “La Doctrina del Shock”, narra como a principios de los cincuenta el psiquiatra Ewen Cameron experimentó con seres humanos aplicando lo que se conoció como técnica del *electrochock*, única forma efectiva según él, para “enseñar a sus pacientes (todos ellos esquizofrénicos) a comportarse de forma sana y estable… […] al meterse en sus mentes y quebrar las viejas pautas y modelos de comportamiento patológico” (2007: 56).

La idea detrás de todo esto era “devolver la mente al estado en que Aristóteles describió como –una tabla vacía sobre la cual aún no hay nada escrito- es decir, una tabula rasa” (Klein, 2007: 56). Para este médico norteamericano de origen escocés, esto era equivalente a eliminar costumbres nocivas del pasado y de esa manera, poder escribir en la mente nuevas pautas y modelos de comportamiento. Llevar la mente a un estado sin referentes sin esas experiencias que funcionan como asideros históricos y así, de esa manera eliminar el “YO”, de la identidad, para implantar un nuevo “yo” igualito a otros yos, el de la mismidad.

La pérdida de la memoria, no era un resultado nocivo de la doctrina del electroshock sino el aspecto esencial del tratamiento según Cameron. Con la pérdida de ella y de todo punto de referencia como consecuencia, sería posible inducir una nueva forma de vida.

Esta política o doctrina del shock, como la llama Klein (2007), aplicada a la vida diaria, derivó en una tipificación como técnica de poder o aplicación. Carente de todo referente, hoy en día invade todos los órdenes de la vida. Vestimenta tipo, utensilios tipo, herramientas tipo, enceres domésticos tipo, comida tipo, al grado de ser casi imposible reconocer el origen o pertenencia de alguien a algún lugar. El “referente” localizado o localizable en un lugar y tiempo específico se trasmutó en el objeto mismo, como un objeto autoreferente, requisito indispensable para sobrevivir en la mercantilizada y volátil posmodernidad[4].

Y como la técnica del Dr. Cameron, el resultado nocivo de la aplicación de esta tipificación no es su finalidad sino lo esencial de la doctrina para auto-reproducirse, un bucle esencial y no tan extraño (Hofstadter, 2008) como proceso autopoietico por ponerlo en palabras de Luhmann (en Corsi et alt., 1996: 39)[5].

Resulta que se consume o se usa para ser, con lo que se apoya el consumismo que apoya y requiere la productividad que requiere la industria y vuelta a empezar. Si se le pregunta a un trabajador qué tipo de vivienda necesita o tiene derecho, su respuesta seguramente será

[4] Es de tomar en cuenta que la industrialización trajo consigo la necesidad de productividad que trajo consigo la necesidad de consumir que trajo consigo la necesidad de productividad y vuelta a empezar en un proceso recursivo.

[5] Luhmann toma este concepto de autopoiesis del biólogo chileno Humberto Maturana.

que la del Infonavit[6]. El sistema requiere de trabajadores para poder reproducirse, una forma de homeostasis[7] autopoietica.

¿Qué tienen que ver la industrialización, el diseño, la homogeneización o normalización y la doctrina del shock?

Algo que explicaría la visión homogénea constructivamente hablando, como la de los fraccionamientos que nos ocupa, tiene que ver por un lado, con el aspecto mercantil y por otro, con la necesidad de dar satisfacción lo más rápido posible al crecimiento de la demanda.

Sin embargo, el aumento de la demanda tiene que ver con la migración campo-ciudad provocada por la necesidad de mano de obra que requiere la industria cada vez más productiva presionada por una mayor comercialización y un aumento del consumo por la migración campo-ciudad más el crecimiento demográfico.

La industria que para ser productiva requiere de normalización o estandarización, ha invadido prácticamente todos los ámbitos de la vida, entre ellos el de la construcción: ladrillos tipo, puertas tipo, ventanas tipo, aparatos, equipos y muebles tipo y por qué no decirlo, casas tipo o diseños tipo.

Lo malo es que en aras de la productividad, toda referencia a historias, costumbres, condiciones climáticas, geológicas o preferencias personales se eliminan sin reparar en sus consecuencias pues estas nuevas condiciones forman los cimientos sobre los cuales se construye la arquitectura y con ello una nueva forma de vida que yo catalogaría de precaria.

El lenguaje industrial y su enfoque mercantilista lo han estigmatizado todo y en analogía a lo expresado por Victor Klemperer[8], por ahí inicia la subversión de la vida. Con el uso cada vez más frecuente y dominante de elementos constructivos producidos industrialmente, algo emerge en las obras arquitectónicas que acaban todas pareciéndose a todo y por lo mismo, a nada. Se es trabajador no sólo por que se trabaja sino por que se vive en donde vive la gente trabajadora.

El modelo o proyecto de vida soñado tomó como paradigma el modelo de la mecánica industrial mercantilizada, el cual es por un lado ideológico y por otro material. Como ejemplo de

---

[6] Infonavit: Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores.

[7] Norbert Wiener, creador de la primera computadora dio el nombre de homeostasis a la habilidad de autoregulación de un sistema (en Johnson, 2001: 125).

[8] Victor Klemperer:expresó que: “El totalitarismo comienza antes que nada por una subversión lingüística de la realidad” citado por José Manuel Prieto en su artículo “Un estado en retirada”, en Letras Libres, noviembre del 2011 número 155, año XIII.

lo primero podríamos citar el “Modulor” lecourbuceriano y la familia tipo estadística y como muestra de lo segundo, la construcción de cualquier vivienda de interés social. La vida propuesta y con ella la forma de ser humano impuesta, sobre todo en este tipo de conjuntos habitacionales, es la de una aglomeración de afásicos sin referentes culturales ni naturales, es decir sin memoria y sin historia.

La morfología arquitectónica nada trasmite de su específica ubicación, nada dice de su relación con el entorno, ni climática ni culturalmente hablando. Vistas tipo, entradas tipo, losas o techumbres tipo, etc.

Ciegos, mudos, sordos como “seres humanos” tipos (si tal cosa fuese posible), se nos ha transformado en verdaderos “idiotas”, en el correcto sentido de esa palabra, es decir, en personas que no participamos de asuntos públicos… no reaccionamos ni mucho menos opinamos ante nuestro entorno, no respondemos, por lo mismo no somos responsables.

El habitante de este tipo de fraccionamientos, se limita a su mundo familiar (oikos) o mundo social que no político[9]. En este tipo de fraccionamientos se han eliminado todo tipo de espacios para la convivencia, para el encuentro cara-cara y por lo mismo, para la comunicación. Espacios que por un lado fagocitan las diferencias y por el otro las vomitan o excluyen.

El mundo mercantil posmoderno no ha encontrado más solución que la estandarización u homologación de componentes y del diseño por un lado y por otro, la reducción cada vez más del área construida y todo en aras de que sea redituable, bucle extraño si se consideran las repercusiones que tiene todo esto en la calidad de vida de sus habitantes: promiscuidad, hacinamiento, fricción, contaminación visual y auditiva, etc.

. Una cosa es la demanda que tiene que ver con la cantidad requerida y esta con la tecnología constructiva debido al tiempo disponible para satisfacerla y otra cosa es el diseño.

Uno se pudiera explicar sistemas constructivos modulares, elementos tipo prefabricados y repetitivos en aras de volver eficiente el sistema constructivo y así satisfacer la creciente demanda pero, ¿por qué ese diseño?

Estamos convencidos que “un negocio, para que sea negocio necesita ser negocio” (como diría el filósofo de Güemes), pero ¿implica que lo que es bueno mercantilmente hablando, es bueno socialmente hablando?

[9] Estos fraccionamientos carecen de estacionamiento para visitas lo que trae como consecuencia la imposibilidad de recibir visitas u organizas alguna fiesta sin ocasionar problemas a vecinos.

A pesar de todo,la sociedad requiere para su funcionamiento armonioso un proyecto de vida en común, claro y ordenado para su justa legibilidad y acatamiento. A nadie le cabe duda de que para aprehenderlo del entorno que nos rodea, éste requiere mostrarlo de manera inequívoca. En un entorno confuso, desordenado, no es posible y por el contrario, el espacio cartesiano como el damero, es ideal para ello. Es la materialización plena del espacio conceptual ya señalado por Norbert Schultz (1975).

Es sin lugar a dudas el espacio del poder, del orden y del control, para ejercer el poder, para conseguir o perpetuar el proyecto de vida que como acicate, nos impulsa a vivir, a insistir en el "orden" de cosas que están de acuerdo con este proyecto y por consecuencia, a desechar las cosas que no concuerdan o encajan en él.

Aquí las preguntas entonces serían: ¿tiene algo que ver este tipo de fraccionamientos de casas en serie con nuestro proyecto de vida en común?, ¿tendremos proyecto en común?

Bibliografía.

- Arendt Hannah, 1993. *La condición humana*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
- Colodro, M. 2000. *El silencio en la palabra*. México. Siglo XXI Editores, S. A. de C. V**.** Editorial Gustavo Gili, S. A.
- Colom, A. J. et alt. 1994*. Después de la modernidad*. España. Editorial Paidós.
- Comte-Sponville, A. 2005. *Diccionario Filosófico*. España. Editorial Paidós.
- Corsi, G. et alt. 1996. *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*. México. Universidad Iberoamericana / ITESO.
- Hofstadter, D. 2008. *Yo soy un extraño bucle*. España. Tusquets editores.
- Johnson, S. 2001. *Sistemas emergentes o qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software.* México. Fondo de Cultura Económica.
- Klein N. 2007. *La Doctrina del Shock*. España. Editorial Paidós.
- Norbert, C. 1975. Existencia, espacio y arquitectura. España. Editorial Blume.
- Lechuga, G. 2008. *Foucault*. México. Universidad Autónoma Metropolitana.